

impere y se enjuicie a este autor objetiva y desapasionadamente.

Brahms, que vivió en pleno período romántico (su nacimiento data de 1833 y su muerte acaeció en 1897), hubo de dar forzosamente a sus obras el espíritu de su época; es, por lo tanto, un compositor «romántico»; pero se da en él la particularidad de que, si en espíritu precisa clasificarle como tal, en la forma es más bien un clásico retardado, pudiéramos decir, y ello como consecuencia del concienzudo y profundo estudio que de los clásicos había hecho y que no pudo por menos de dejar huellas difíciles de desvanecer. Podríamos aclarar este concepto del modo siguiente: Brahms, que sentía por Beethoven apasionada y admirativa devoción, no pudo nunca compartir ni las ideas ni los procedimientos de Wágner, a los cuales se opuso decididamente. Y, sin embargo, ambos autores eran alemanes. Este dato define acaso mejor que ningún otro su personalidad y permite encuadrarle en una clasificación justa, que pudiera ser ésta: la imaginación de Brahms volaba en el aire de su época: el «romanticismo», pero sin abandonar la tierra firme del clasicismo. A nuestro juicio, el fenómeno de que Brahms haya tardado más de la cuenta en brillar, en alcanzar el puesto preeminente a que es acreedor, se debe a que su obra es más bien concentrada, austera y sin alardes efectistas, lo que ha sido causa de que se le haya considerado durante mucho tiempo como un músico *gris*, opinión a todas luces injusta y cuya reivindicación se va operando a medida que es más conocida, estudiada y comprendida. Ha contribuido también a dicho fenómeno —por otra parte comprensible, en cierto modo— el que Brahms ha hecho pocas concesiones a lo externo, que acaso le hubieran proporcionado éxitos resonantes, pero que él menospreciaba, concentrándose en sí mismo y expresando honrada y fiel-

mente su más genuino sentir, impregnando todas sus partituras de un recatado sentimiento de sinceridad y de una recóndita ternura, no exenta de cierto dejo de melancolía.

Hombre modesto, su vida se deslizó en un medio tranquilo, apacible, de célibe recalci-trante, sin ambiciones ni vanidades y consagrado por entero al placer de la producción, con el principal objetivo siempre de encontrarse y satisfacerse a sí mismo, como lo demuestra el que la totalidad de su producción pertenece a los géneros de cámara y sinfónico y a la canción, al *lied*, es decir, a la más elevada y pura música, sin sentir nunca la tentación de abordar otros géneros más espectaculares, aun a sabiendas de que con ellos hubiera podido alcanzar éxitos más inmediatos y acaso más positivos, desde el punto de vista de la fama y de la popularidad. Su musa, que pudiéramos calificar de «honesta» y que nunca voló por más ambientes que los de la honrada sinceridad, desdennando todo gesto que de ella se apartara, no tuvo más expansiones hacia lo pintoresco y característico que cuando se decidió a abordar la vida y dinámica luminosidad de la música húngara, que llegó a seducirle momentáneamente, produciendo esa magnífica e incomparable serie de danzas húngaras, en las que, a base de melodías y ritmos populares, consiguió singular encanto por la factura maestra de su forma y por la siempre ingeniosa combinación de tres elementos manejados con sabiduría, buen gusto, gracia e interés: melodía, ritmo y agógica, esmaltados por una orquestación chispeante y colorista. Otra de sus expansiones la realizó hacia el ambiente placentero y amable del vals, componiendo una serie de ellos llenos de espiritualidad y de original elegancia.

El núcleo que pudiéramos denominar sólido y fundamental de su producción lo constituyen sus cuatro importantes sinfonías,